

HISTORIA Y TRANSMISIÓN

Germán L. García

¿Voluntad de sentido para excluir otro? Todo prólogo se inscribe en el orden de la denegación. Por lo mismo, presentificación del clivaje.

Jorge Jinkis¹

Oscar Masotta, el 10 de setiembre de 1978, escribe: “Estuve pensando hace poco en el destino de la literatura de quienes, como nosotros, sólo disponemos de los analistas como audiencia. Temible. Sólo tendremos lectores dentro de veinte años (un escritor de otro tipo puede fantasear a su audiencia en términos de cientos de años) si la banda que hoy nos lee se mantiene hasta mañana. Como se ve, mi *lamelle* no carece de motivos para inducir vuestra investigación. Pero ¿qué es lo que hace que una banda pueda articular las oscuridades de hoy en una ciencia del porvenir?”². El 13 de setiembre de 1979 Masotta fallece en Barcelona, cuando sólo había cumplido 49 años.

Antes, había logrado constituir una *audiencia* (el estilo de su enseñanza era atento a esta determinación del que escucha) heterogénea en relación con una comunidad que fue, hasta hace pocos años, tan homogénea como lamentable. ¿Acaso Masotta no le enseñaba a cualquiera, puesto que no reconocía ninguna jerarquía a quienes se habían formado *antes* del retorno de Freud provocado por el discurso de Lacan?

1. Jorge Jinkis: La escritura de la enseñanza (En: *Escuela Freudiana de la Argentina. Homenaje a Oscar Masotta*. Ed. Paradiso, 1979).
2. Oscar Masotta: *Carta* (En: *Notas de la Escuela Freudiana de la Argentina*. Nº 3, 1979).

Hoy podemos leer los “meritorios esfuerzos” de esa comunidad: las bocas se llenan de Freud —algunas veces, contra Lacan— y todos se rasgan las vestiduras en su nombre. En cuanto a Masotta, aun aquellos que lo “parafrasean” evitan citarlo. Esta afirmación, la anterior, se sostiene de un recorrido de los índices bibliográficos que configuran la suma de referencias en cualquiera de las publicaciones actuales de la comunidad médico-psicológica.

Es sabido que la bibliografía, entre nosotros, es usada para “avisar” sobre la cultura del que escribe. Esto suele producir un efecto paradójico: algunas veces las referencias bibliográficas son tantas que el artículo en cuestión parece escrito por un idiota. ¿Cómo se puede sacar tan poco, de tantas lecturas? Es una pregunta que el lector, inquieto por su propia actividad, no deja de hacerse.

La cotización del Freud tiene su historia en el mercado del saber. Masotta, cuando presenta nuestra *Escuela* en la *Ecole*, la evoca con ironía: “Si alguien no pudiera entender sobre qué fondo cultural arraigaría en Buenos Aires el divino freudismo francés, basta pensar que cada uno de tales notables había introducido a lo largo de años a cientos de personas. Estos no fueron muchos, diez, quince años. Pero muchos estudiantes habían rodeado a cada uno. Yo mismo, para dar una idea, veía durante el año 1974, a trescientos alumnos por semana”³.

En ese mismo texto, Masotta se pregunta: “¿A los arquitectos y a los psicoanalistas les faltaría el lenguaje?”

En 1975, fecha en que Masotta habla en la *Ecole*, algo está claro: “Desde entonces —marzo de 1974— los pocos a veces espaciados y casi siempre silenciosos que condujeron a nuestra fundación como *Escuela Freudiana*, poco tuvieron que ver con la institución psicoanalítica oficial. Ni nos habíamos separado de ella —puesto que ninguno de los que firmamos el acta de fundación, con excepción de uno solo, habíamos pertenecido a ella—. Ni a ella nos habíamos opuesto demasiado —salvo por el hecho de que nuestros grupos de estudio adquirieron, desde el comienzo, un defini-

tivo aire de *revival* freudiano, mientras que ellos —no se lo ocultaban— hacía tiempo que habían dejado de considerar a los textos de Freud como motivo de investigación. Y al revés, aspecto un poco cómico: ellos jamás nos citan, literalmente no nos nombran hasta cuando les es imposible no hacerlo”³.

¿Qué pasa con los “cientos” que estudiaron con Masotta? Aun aquellos que usan sus clases grabadas para enseñar, suelen olvidarse (este olvido es condición de esa apropiación) de la palabra que los sostiene. Incluso, los que se dieron un nombre firmando el acta de fundación de una *Escuela Freudiana* pensada y realizada por Masotta, terminaron provocando una *escisión* en un intento fallido de borrar esa historia. En esta pequeña historia resuenan los efectos de la historia: asimilación de una “barbarie” por la precipitación imaginaria en los blasones de la “civilización”. Masotta, usado como *mediación* con el psicoanálisis francés se convierte —al producir una historia singular— en un *obstáculo* para los que desean identificarse “en forma directa” con los agentes de ese psicoanálisis. Cada uno busca un doble y apresura el doblaje.

Por otro lado Masotta, que venía de un mercado del saber, va hacia la fundación de una Escuela en el momento en que otros abandonaban las instituciones oficiales para disputarse mejor ese mercado.

Allí, en el mercado, no sólo Masotta es un obstáculo. También lo terminará siendo el discurso de Lacan. Generalizando, se hablará de “escuela francesa” y en la noche reblandecida del eclecticismo todos los gatos se convertirán en pardos.

Una Escuela, piensa Masotta, que permita dejar de ser “hijos de la sofistiquería”. ¿No se condensa en esta palabra lo sofisticado de la moda, la lógica del sofisma y la historia de la sofística?

Si, como alguna vez dijo Lacan, el sofista es una figura de la tradición, es necesario recordar que la tradición es el efecto de un discurso. ¿Cómo transformar una tradición mediante el olvido, cuando esto mismo hace que retorne en la repetición? Transformar una tradición es desanudar el discurso que la sostiene, programar otro discurso posible. En-

3. Oscar Masotta: Presentación de la Escuela en la *Ecole* (En: *Ensayos lacanianos*. Ed. Anagrama, 1977).

tre nosotros la tradición —y no sólo la del psicoanálisis— se produce como eclecticismo. En cada momento todo puede ser *posible*. ¿Posible para qué? Para precipitarse en la autorización y el reconocimiento de aquellos “modelos” que se proponen como factibles de asimilar la “barbarie” a la “civilización”. Esto tiene como consecuencia una homologación del *discurso* a la *cultura*, un repudio de *lalengua* y una apropiación de “resultados” que ignoran sus demostraciones lógicas.

La “cultura” aparece como una máquina cuya perfección fascina al que está dispuesto a rechazar la copulación de su cuerpo con el lenguaje para asimilarse el lenguaje a los agentes de la máquina perfecta. ¿Cómo aceptar a Lacan, si el discurso que instaura es irreductible a la “cultura” como máquina instituida?

Lacan *sin* París es insoportable y por lo mismo se prefiere un París *sin* Lacan: negocio de glosadores y viajantes que recalcan en estas lejanías para soñar que son Lacan frente al anfitrión que sueña convertirse en su invitado.

Las fundaciones

En 1959 Masotta comienza a propagar el discurso del psicoanálisis, en la vertiente del retorno de Freud como efecto del discurso de Lacan. En 1964 *hablaba solo* frente a una audiencia segura de las virtudes de la psicología social.

En 1969 tenía amigos y discípulos, con los que pudo fundar *Cuadernos Sigmund Freud*. En 1974 había, quizás, demasiados. Funda la *Escuela Freudiana de la Argentina* (entonces se llamó de “Buenos Aires”) y se traslada a Londres. Después de un tiempo pasa a España y funda la *Biblioteca Freudiana de Barcelona* y promueve la fundación del *Instituto Gallego de Estudios Freudianos*, en Vigo. Antes de su muerte, como efecto de su enseñanza, se estaban programando diferentes instituciones en diversas ciudades de España.

Uno de los que no faltan me pregunta, desde las páginas de un diario, si suponía, por lo que yo había escrito sobre Masotta, que estaba hablando de Santa Teresa. ¿Igno-

raba que Masotta, mucho antes, había ironizado sobre sus fundaciones?: “Para que ustedes se burlen de mí, como Santa Teresa, dispongo de un castillo interior, para quién sabe qué Otro con mayúscula habite en su inaccesible centro...”².

El mismo, desdeñoso, hablaba de algo “místico”. ¿No es el místico aquel que descubre, fuera de ese amor del cuerpo que es la institución, la función performativa del deseo como instituyente de cualquier institución? Sólo los que se aman en las instituciones que existen se inquietan cuando alguien diciendo *yo amo* produce un lazo social diferente que será discurso de otra institución.

¿Eran *necesarias* las fundaciones de Masotta? Se trata, más bien, de contingencia: “Bajo la sombra de la anécdota histórica como fantasma inmundo —dice Masotta, en 1973— correrá por suerte el agua de las fundaciones legítimas”⁴. ¿De qué legitimidad se trata? No de la que imaginan los que confunden el acto psicoanalítico con la sanción jurídica de su práctica, sostenida en una ritualización desesperada.

¿Acaso estas fundaciones *paródicas* —a la manera del Otro— no desarman la seducción de esa otra legitimidad?

Alberto Cardín, uno de los directores de la revista *Diwán*, escribe en el diario *El País* (16/9/79) de Madrid: “Con una coherencia tan fatal como el destino que el psicoanálisis atribuye a cada individuo, la muerte vino a sellar con el derrumbe biológico, la muerte simbólica que, con la mudez, sobrevolaba desde hace aproximadamente un año la vida de Oscar Masotta, *maestro y máximo exponente* del psicoanálisis lacaniano en lengua española”.

El País titula: “Fallece en Barcelona el psicoanalista Oscar Masotta”, mientras que nuestra prensa habla del “ensayista”, del “escritor”, dedicado “al estudio del psicoanálisis”.

Incluso, y en particular, las publicaciones de la comunidad de psicólogos y médicos advenidos psicoanalistas por los efectos de la enseñanza de Masotta, abusan de esta generosidad.

4. Oscar Masotta: Sigmund Freud y la fundación del psicoanálisis (En: *Cuadernos Sigmund Freud*, N° 4, 1974).

¿No dice un chiste venezolano que el *yo* es el pequeño argentino que todos llevamos dentro? El arte sano médico puede hacerse del psicoanálisis mediante algunas lecturas salteadas y la rumia condenada de lo que llama, siempre exagerando, su “análisis didáctico”. ¿No habrá algún “motivo” psicológico en lo que digo? Seguramente, desde que los psicólogos asociados con los arte sanos de la legitimidad, encuentran en tradicional alianza un resguardo para la recíproca alimentación.

¿Quién *deriva* entre iguales? Y cuando se trata de la derivación la vertical se sostiene. ¿Y los “controles”? Por lo que pueda pasar, bueno es un cómplice legítimo.

No hablamos de *origen* —cada uno viene de donde puede, va donde desea— sino de la historia. Y una historia un poco más extensa de la que imaginan quienes piensan que todo se puede explicar agregando *auto* a la prestigiosa palabra *didacta*, para descalificar los argumentos contra esta alianza desdichada. En México, el *Centro Psicoanalítico Imago* enuncia: “Bastaría tener el papel de psicólogo para acceder al conocimiento y a la práctica analítica (...) extraña coincidencia la del *psicoanálisis médico* con la *psicología psicoanalítica*”.

Es que allí existe el *Círculo Psicoanalítico de México*, fundado en la ternura humanista de Igor Caruso, que agrega a los imperativos de la I.P.A. la “democrática” Asamblea General al gusto de los psicólogos. Se declara, por tradición, que el didáctico, la supervisión y el seminario son “los tres pilares para sustentar toda formación psicoanalítica posible”. El mal, por supuesto, es la jerarquía y la heterodoxia. Al *medio*, la mayoría en Asamblea General. ¡Cien analistas mediocres! —grita la filial francesa de la I.P.A. y contra esto aparece la enseñanza de Lacan.

¿No son en estas contingencias del psicoanálisis en nuestra lengua donde los actos de “fundación” de Masotta se legitiman?

Así lo entiende Masotta cuando escribe: “Digo a medias lo que Lacan dice a medias. Me refiero al *mi-dire*. El mío es un *mi-midire* articulado en discurso universitario. La paradoja es que yo tuve un día que asumir el discurso universitario fuera de la universidad”².

La revista *Textos*, fundada también por Oscar Masotta como publicación de la *Biblioteca Freudiana de Barcelona*, puede mostrar que los efectos de esa enseñanza *tocan* ciertos puntos del discurso analítico que no están “comprendidos” en el discurso universitario.

Estas fundaciones al margen adquieren, en este momento de nuestro psicoanálisis, un nuevo sentido: evitar la *asimilación* de cierto “estilo”, bautizado por el ingenio nacional como de “escuela francesa”, con el discurso de Lacan.

En efecto, las aventuras de un Leclair en nuestro medio permiten detectar el juego. Retorno a la clínica y al análisis personal *contra* el exceso de “teoría” de Lacan. Retorno a los “reformadores” de la vieja institución como garantía *contra* una dispersión del Sujeto-supuesto-Saber que deja sin efecto las sugerencias inventadas por las instituciones para mantener y dirigir la transferencia. Retorno a ciertos ritos atarácicos *contra* las “derivaciones” horizontales que amenazan la vertical de un orden imaginario.

¿Qué hacer con el discurso de Lacan? *Reducirlo* a su justa medida. Aceptar sus aportes, limar sus excesos. Mezclarlo con otro que lo neutralice, amparándose en la “buena conciencia” de un eclecticismo que confunde rigor con autoritarismo y suma de opiniones con progreso democrático de las ideas.

Es la ironía de Rodrigué quien caza al vuelo el asunto cuando dice: “¿Quién le puede tener miedo a Phillip Greenacre? Masotta es cien veces más peligroso”⁵.

¿Estaré confundiendo a Masotta con Lacan, como suponen los que por confundir al maestro con el padre andan siempre tramando alguna rebelión y corriendo detrás de la originalidad? Leyendo a Masotta se encuentra la respuesta: “Seré humilde aquí: siempre pretendo repetir bien. Tal vez pueda yo distinguirme de Lacan ahí donde lo ignoro, pero no ignoro que de creer distinguirme me distinguiría: lo que remite el círculo al estupor de la cuestión del no-saber no sabido”². *Gaceta Psicológica* (Nº 20-julio de 1979) comenta mi libro sobre la historia del psicoanálisis

5. Emilio Rodrigué: *El paciente de las 50.000 horas*. Ed. Fundamento.

en la Argentina y se propone vindicar a Pichon Rivière con argumentos como el siguiente: “Y es que si médicos, psiquiatras y psicólogos sólo han podido maldecir sobre el psicoanálisis ¿qué hacer con Enrique Pichon Rivière, médico, psiquiatra, fundador de la A.P.A. y psicólogo, si es quien le enseña Lacan a Masotta; si es en el *Instituto Pichon Rivière de Psiquiatría Social* en 1964 donde Masotta lee sus primeros trabajos lacanianos; si es el propio Oscar Masotta quien rinde homenaje a Pichon ante los lacanianos franceses; si es la *Revista Argentina de Psicología* la que brinda sus páginas para que Masotta, entonces casi un desconocido, polemice con Emilio Rodríguez? (...). El (autor) dirá que el que Pichon Rivière le haya enseñado Lacan a Masotta es una elipse imposible (...) que éste, en fin, le enseñó a Oscar Masotta lo que en realidad no sabía (...). En cuanto a la *Revista Argentina de Psicología*, la operación es aún más limpia: cita el texto de Masotta... ¡pero no menciona dónde fue publicado!”

Tanto la *Gaceta Psicológica* como la *Revista Argentina de Psicología* son publicaciones de la *Asociación de Psicólogos de Buenos Aires*, de manera que no hay que extrañarse de que una vaya a encontrar en la otra lo que estaba buscando. En cuanto a Pichon Rivière, en el mismo número de la *Gaceta Psicológica* se publica una nota recordando el segundo año de su muerte, donde puede leerse: “Construcción de una Psicología Social fundada en la realidad, con sus características de instrumentalidad y operatividad, una Psicología Social entendida como interciencia, tendiendo a una visión integradora del hombre concreto”.

¿No quiere decir esto que dejó el campo del psicoanálisis? En efecto, lo que no es un secreto para nadie. De ninguna otra cosa habla mi libro.

En cuanto a la relación con Masotta, existe un deslizamiento sin ningún valor de verdad: ¡Pichon Rivière le enseñó Lacan a Masotta! Esto es falso. ¿Por qué? Porque no lo había leído. Cuando digo (aludiendo a una expresión de Freud sobre los maestros de la psicología de la época) que Pichon Rivière le enseñó a Masotta lo que en realidad no sabía, me refiero a un hecho concreto. Masotta recibió de Pichon Rivière los primeros volúmenes de *La Psychana-*

lyse con el comentario: “esto le va a gustar a usted que le gustan los franceses”. Pero, para ir más allá de las anécdotas, quien busque algo de Lacan en lo publicado por Pichon Rivière no encontrará nada.

Por otra parte, quien lea el capítulo de mi libro dedicado a Pichon Rivière encontrará que al impugnar su eclecticismo —en un contexto donde podía leerse que este eclecticismo era la impotencia de un cierto rigor— no dejaba de marcar que se trataba de un sujeto que había sido “consumado”, sacrificado incluso, a los avatares de una política del psicoanálisis equivocada. Puede decirse de nuevo: *Enrique Pichon Rivière, para romper con la asfixia del psicoanálisis producida por la A.P.A., terminó rompiendo con el psicoanálisis mismo.*

En cuanto a la generosa *Revista Argentina de Psicología* (que publicó a Masotta cuando no lo conocía casi nadie) fue un poco menos amplia de lo que supone el comentarista de la *Gaceta Psicológica*. En setiembre de 1969 se publica el primer número donde está el trabajo *Leer a Freud* de Oscar Masotta (publicado, dicho sea de paso, en *Introducción a la lectura de Jacques Lacan*, de donde lo cito). En el número siguiente Rodríguez publica una respuesta “graciosa” a las críticas que Masotta hace allí sobre la idea de simbolismo en un trabajo del entonces didacta de la A.P.A.

Masotta responde con un texto llamado *Anotaciones para un psicoanálisis de E. Rodríguez*, que es rechazado por la generosa publicación y sale en el primer número de *Cuadernos Sigmund Freud*.

Cualquiera que confronte la respuesta de Rodríguez que publicó la *Revista Argentina de Psicología* con la réplica de Masotta a la misma (que esa revista rechazó) podrá comprender más de lo que sería inútil seguir argumentando aquí.

¿Habrán imaginado alguna vez el mediocre Victor Cousin que su eclecticismo sería la retórica oficial de una comunidad médico-psicológica, en un país tan alejado en el tiempo y el espacio de la Francia que le tocó vivir? Incluso, cuando se informa uno de la influencia de este “pensador” sobre la configuración de nuestra “manera de

pensar”, puede llegar a sospechar que Victor Cousin era argentino.

En resumen, no es en tanto médico, psicólogo, psiquiatra o filósofo que se puede ser el soporte de la posición del analista. Esto no significa un atentado contra la dignidad de tales profesionales, sino la articulación de ese límite que constituye al discurso del psicoanálisis: el objeto *a* en el lugar del agente de la palabra, la división del otro, la producción de un significante del goce y el saber adviniendo al lugar de la verdad. Así es en Lacan así quiso transmitirlo Masotta.

¿Esto es insoportable para la “identidad social” de algunos de los nombrados profesionales? Todo parece indicar que sí.

Pero de esta identidad sólo puede decirse aquello que cuenta Lezama Lima en *Oppiano Licario*: “Un relojero hegeliano creyó en su locura que había sido decapitado. El juez burlón dijo que se le devolvería la cabeza, pero la cabeza que le habían regalado no se podía comparar con la suya. Un día supo la leyenda de San Dionisio, que besaba su cabeza decapitada.

Otro loco le dijo: ¿la iba acaso a besar con el talón? Al oírlo, se curó de repente.”

¿Escucharán con el talón la diferencia que cada significante engendra, los que tienen una oreja adiestrada en la identidad del signo, siempre amante del contrato social? No creo que al escuchar esta pregunta, alguien se divida de repente.

¿Acaso se puede creer que sólo existe Freud, Lacan, Masotta y quien escribe en este instante? De varios lados llegó esta pregunta, pero bajo la forma de una afirmación. ¿Cómo hizo este que ahora escribe para tramar una historia del psicoanálisis donde retornan nombres perdidos, pensando de manera tan estúpida? Los que afirman lo contrario no lo explican. ¿Quién habló antes de Germán Greve introduciendo el psicoanálisis en 1910, de Juan Ramón Beltrán enseñándolo durante la década del treinta, de Pizarro Crespo hablando de Lacan en 1936, etcétera? En fin, punto.

El discurso Masotta

Para los que tanto sufren por la creación de ídolos, para los que no conocen otra mistificación que la desmistificación permanente, para los que siempre se rebelan contra lo que sostienen con tanta pasión, será necesario aclarar que el discurso de Masotta es un cierto dispositivo que la comunidad no soporta por una multiplicidad de efectos cuya causa está sin duda perdida.

Masotta, hace muchos años, difundió un “programa” de lectura de Freud que argumentaba una lógica que estaba lejos de ser el recorrido de un compañero de ruta que sigue la cronología como si el túnel del tiempo le hiciera revivir —sin saltar nada— las sucesivas etapas de su héroe. Ese programa cambió la lectura de Freud (cosa bastante olvidada, por otra parte, antes de Masotta) y fue usado con Masotta, por Masotta, incluso contra Masotta.

Ese casi desconocido que era Masotta, este que la *Revista de Psicología* tuvo la generosa idea de publicarlo, había realizado antes un seminario en el *Instituto Di Tella* y en ese momento enseñaba a doscientas personas en clases privadas, mientras en las cátedras de la universidad se repetía lo que enseñaba sin citarlo demasiado.

¿Acaso no existen psicoanalistas formados por Masotta que en este momento transmiten el psicoanálisis en España, en Brasil, en México, en Uruguay, en Perú? Y sólo nombro países sobre los que podría testimoniar.

Este discurso que se nombra Masotta no necesita de ninguna “idealización”, puesto que basta ir a los papeles para que pueda demostrarse su existencia y su eficacia. Este dispositivo a la deriva obligó a la comunidad a contratar agentes de la “escuela francesa” para poder cambiar de discurso sin reconocer que había llegado después al único que *importa*, el discurso de Lacan. ¿Qué (se) importa? *Así es*.

Hay un psicoanálisis “en” castellano, que no es todavía un psicoanálisis “del” castellano. Sin embargo, ese psicoanálisis *en* castellano intenta ser el soporte de un psicoanálisis *del* castellano. ¿Qué podría decir una comunidad que no sabe si habla castellano, puesto que lo ignora como

puede? Alguna vez, en el museo de las extrañezas, figurarán muchos analistas argentinos que entregan sus "ideas" a otros que después le agregan la "buena forma". ¿Puede un psicoanalista tener ideas que no sabe escribir, aceptar el estilo de otro como exterior a su decir? Por supuesto, dado que nada de juegos de palabras cuando se trata de la ciencia del hombre y hasta de su salvación por los bomberos del alma que viven alertando a la población sobre incendios imaginarios que sólo ellos saben apagar (única manera de explicar el uso y abuso de los términos de la psicopatología, aplicados a cualquier cosa que no sufre de nada).

El discurso Masotta no es, entonces, una persona que sabemos muerta desde el 13 de setiembre de 1979. El dispositivo Masotta es ahora el discurso que sostiene, como lazo social, a una generación de analistas diferentes. No es *uno* contra *todos*, sino algunos cuantos insoportables para los que cada día son menos. ¿Se quieren conocer sus nombres? Pueden leerse sus publicaciones, puede escucharse lo que dicen. ¿Habrá que ofrecer análisis, supervisión, seriedad clínica?

El pedido lo hace el que sufre.

¿Acaso el discurso Masotta no dejó en el camino a muchos de los que fueron en un momento soportes de su transmisión? Ahí está la experiencia de una escisión para mostrar que las cantidades son relativas a la transmisión y que no se trata de transmitir cantidades.

Lacan hizo una Escuela para que se escuchara lo que decía... ¿sería poco decir que Masotta hizo una Escuela para que se escuchara desde nuestra lengua lo que dice Lacan? Muy poco, seguramente, para los ingeniosos vendedores de ensaladas. Poco, para los espíritus independientes, creativos y siempre ansiosos de expresar sus *propias* ideas (aunque sea en "estilo" prestado).

Si el discurso Masotta es ahora cierta cantidad de textos con diferentes nombres, si es ahora la *Biblioteca Freudiana de Barcelona* y la *Escuela Freudiana de la Argen-*

tina, es también todos aquellos que vieron marcado su camino por un rechazo.

Eliseo Verón, en el número uno de la revista *Lenguajes* (Ed. Nueva Visión, abril de 1974) traza el recorrido de Masotta y lo hace a la manera de un discurso: "Nada de esto es anecdótico: la coherencia y la continuidad de la reflexión de Masotta son cosas poco comunes en nuestro medio cultural. Lo que quiero decir es que indican una producción teórica que adquiere su autonomía en el seno mismo del proceso de la reflexión: el existencialismo sartreano proporciona su punto de partida; la inspiración levi-straussiana le sirve de instrumento para tomar distancia de la problemática inicial y cuestionar su origen; en la tensión (irreductible) de estos dos momentos, Masotta accede a la teoría lacaniana y este acceso merece plenamente el nombre de *encuentro*. Masotta *llega* a Lacan, no lo "recibe" por moda; su propio proceso intelectual recorre una etapa muy importante del proceso ideológico contemporáneo, por otra parte con matices originales que desgraciadamente no podemos reconstruir en detalle".

Si... entonces, Lacan

La escisión es nombrada por Oscar Masotta, poco antes de su muerte, como efecto de ese discurso: "No habría habido Jacques Lacan sin la famosa escisión de 1953. No habrá de haber esta ratificación de nuestra historia sin este corte que debe ser leído en términos de ética y que convierte a la antigua "de Buenos Aires" en *Escuela Freudiana de la Argentina*"⁶. *Situación del psicoanálisis en 1956* es el título de un texto de Lacan que describe la organización clásica de los psicoanalistas sostenidas por la I.P.A.

Nuestras designaciones serán las que ese texto propone: silencio de las *Suficiencias*, silencio de los *Zapatitos*, palabra superflua de los *Bien-necesarios*, *Beatitudes* que satisfacen a las suficiencias. ¿Qué más hace falta para ga-

6. Oscar Masotta: Presentación (En: *Escuela Freudiana de la Argentina*. Ed. Paradiso, 1979).

rantizar mediante el didáctico y la terapéutica una psicología de masas que pone en juego la relación del yo con la verdad? Entre nosotros, la Suficiencia médica sostenida por los Zapatitos de la psicología, entre el parloteo de los teóricos bien necesarios y la satisfacción aportada por las Beatitudes estudiantiles. Una comunidad médico-psicológica que desde un vago eclecticismo y un liberalismo oportunista, se propone cargar sobre las espaldas del psiquiatra todos los males imaginados y hacer de la impotencia de la psiquiatría un crédito para la promesa siempre postergada de realizar los Ideales.

¿La escisión era la única forma de salirse del lugar de bien-necesario, soporte de una palabra vaciada en la suficiencia?

No falta quien dice que no existen razones “teóricas” (son los que se proponen hablar *sobre* la ética, dado que la ley de sus deseos no les permite hablar *desde* la ética). Son los *Bien-necesarios* alegres, *compensados* por el desprecio privado de lo que se manifiesta como complicidad pública. Cuando Masotta insulta, en ese límite de la palabra, se responde que esos no son “argumentos”.

Habla *desde* la ética —insulta, juega— para decir una ética que también nombra. ¿La teoría sería lo opuesto a la ética? Así opinan los defensores de las “ciencias humanas”, los trabajados por la ilusión de la epistemología, los trabajadores de una futura Ciencia Total. La supuesta ciencia tiene un correlato moral: la democracia. Decir que Masotta es “un miembro más”, que no es el “dueño” de la Escuela y recurrir a la asamblea para expropiarlo será mentado como un triunfo de la democracia sobre el vasallaje.

¿Qué dice Lacan?: “Por eso daremos el nombre de *Suficiencia* al grado, al grado único de la jerarquía psicoanalítica. Pues contrariamente a lo que un vano pueblo se imagina sobre la base de las apariencias, *esa jerarquía no tiene más que un grado y por eso tiene fundamento para decirse democrática*, por lo menos si tomamos este término en el sentido que tiene en la ciudad antigua: *donde la democracia no conoce sino amos*”.

Antes de la escisión el silencio fue un tema que conmovió a los Zapatitos y algunas Suficiencias se dignaron

romper el propio para nombrar a los Bien-Necesarios que lo provocaban con su parloteo desesperado. Unidos por el odio, el silencio se convirtió en *votación* y la misma recibió la poco inspirada designación de *acto*. ¡Votar, un acto psicoanalítico! —esta consigna provocó la nostalgia general. ¡Qué días aquellos, cuando la estudiantina ensayaba en el “claustró” los mañanas posibles del poder!

Algunos de los Bien-Necesarios decidieron convertirse aunque sólo fuese en Necesarios para que pudiera descubrirse que las Suficiencias no eran más que un Mal-Necesario y que había que dar lugar a la contingencia del significante.

Otra vez, Lacan: “¡Ah, cómo se sentían al fin liberados, esos queridos niños! (...) qué alivio y qué provecho quedar a mano a tan bajo precio, pues una vez disipado ese error y una vez sustituido por la convicción de que ese prurito era en efecto lo que llaman con ese nombre condenado: el intelectualismo, cuán recta es por fin la vía, con cuánta holgura encuentra el pensamiento su camino hacia la naturaleza ¿y no están ahí los movimientos de nuestras vísceras para asegurárnoslo? Esto es lo que hace que un buen alumno analista de esta especie se distinga a la primera ojeada para quienquiera que haya visto uno una vez: por ese aire interior, y hasta posterior, que lo muestra como apoyado sobre el feto macerado de sus resistencias”.

¿Hay que esperar todo del llamado análisis personal?: “...un buen analizado —se burla Lacan— no hace preguntas —fórmula que hay que entender en el mismo nivel de perentoriedad con que el proverbio francés *no hay ahorros pequeños* cierra la réplica a una demanda considerada como inoportuna en un célebre pastiche de Claudel”.

El feto macerado del análisis personal espera escuchar algo sobre la clínica, entendida como un pase de manos que le permitirá lacerar al prójimo (según el acierto freudiano de hacerle al otro lo que nos hizo el doctor). En la comunidad médico-psicológica (demarcada por la leyenda del “electro” que permite superar una psiquiatría de la que no se tiene noticias) la palabra es sospechosa de producir enredos mediante sus terribles juegos. ¿No se anuncia aquí la bana-

lidad del llamado “análisis de la resistencia” que al *olvidar* el *desplazamiento* se queda sin lo simbólico, aunque se llene la boca con esta última palabra que los macerados confunden con el padre, la ley, los tribunales y la “internalización de los valores sociales”?

De nuevo, ya que en nombre de Lacan se quiere sostener tales argumentos, volvamos a la cita: “Pero la defensa misma cuya denegación basta para indicar la ambigüedad inconsciente no hace uso de formas menos retóricas (...). Lo cual nos obliga a concluir que no hay forma tan elaborada del estilo que el inconsciente no abunde en ella, sin exceptuar las eruditas, las conceptistas y las preciosas, a las que no desdeña más de lo que lo hace el autor de estas líneas, el Góngora del psicoanálisis, según dicen, para servirles”. ¿Qué hace la comunidad médico-psicológica con un párrafo como el anterior? Lo saltea para ir a los problemas “teóricos”, es decir, para apropiarse de todo aquello que tenga un aire de definición y de algo definitivo.

Masotta, en cierto límite recuerda la *parodia* —ese hablar a la manera del Otro, entendido como lugar de la palabra— cuando escribe: “Hemos aprendido que nuestro estilo de parodia, el que nos acompañaba hasta 1974 no era sino función de problemas valederos y verdaderos que habitan al psicoanálisis como teoría que se alimenta en la práctica que engendra”⁶.

El eclecticismo, el silencio, la votación y la búsqueda de una autorización y un reconocimiento mediante la apelación a las nuevas consignas, son las prácticas efectivas a las que se entrega la comunidad médico-psicológica (en la que *comprendemos* a quienes realizan estas prácticas, cualquiera que fuera su origen profesional y de la que excluimos —por lo mismo— a los que pierden su origen mediante el discurso del psicoanálisis para convertirse en soportes de su práctica y su transmisión).

El discurso de Lacan, límite del campo del psicoanálisis, es *maestro*. Límite, en sentido lógico. Maestro, en el sentido de la transmisión de un nombre que se produce en cualquier “ciencia”, cada vez que su límite se transforma por alguna “variable”.

En cuanto al origen: el psicoanálisis es su pérdida, de la misma manera que la “terapéutica” es la ilusión de su recuperación por la identificación con un Ideal. El psicoanálisis, al hacer historia del deseo, adviene el biendecir que no dice dónde está el bien.

¿Cómo se puede argumentar que la escisión no es “teórica” cuando Masotta dice que debe ser leída en términos de ética (lo que no quiere decir aprender, después del hecho consumado, los dichos de Lacan sobre la ética)? Volvamos a la cita, ya que decimos *si... entonces* Lacan: “Es este un campo donde el sujeto, con su persona, tiene que pagar sobre todo el rescate de su deseo. Y en esto es que el psicoanálisis exige una revisión de la ética”. La existencia significa que el sujeto que habla desplaza al sujeto del conocimiento. De lenguaje a palabra, está en juego una *voz* (Freud la llamó *superyó*). Desde que la ley es el deseo reprimido, la negación sólo puede ser la máscara de la primera persona. ¿Los habitantes del silencio tendrán una personalidad tan fuerte que les impida escuchar esa voz, un yo tan fuerte que los obligue a borrar ese nombre impropio conocido por el Nombre del Padre? Por ruido que la teoría haga, la falta de esa voz los condenará al silencio. “¡Hemos aprendido —escribe Masotta— finalmente la experiencia de la escisión: la más rica tal vez, ya que nos devolvía a la verdad que estaba en juego en nuestro propio punto de partida, aquella que soslayábamos sin saberlo, la que con orgullo parodiamos”.

Mientras la comunidad de los antiguos practicantes busca su *diferencia* en relación con Lacan, la preocupación de Masotta es sostener la *diferencia* del discurso de Lacan frente a la asimilación de esa comunidad. En efecto, escribe en 1970: “Todo aquí es diferencia. Un autor sospechoso que escribe sobre temas de psicoanálisis sin ser un psicoanalista, un libro escrito en el español del Río de la Plata y que no intercambia casi una palabra en común con otros libros sobre el tema escritos en el mismo español, un texto que repite y transforma el texto de un autor europeo sin dejar de avisar al lector que ahí donde repite tal vez traiciona y que ahí donde transforma no es sino porque quiere repetir. *Se trataba* de Lacan. El pasado de este imperfecto español

no es gratuito. Un instante más y la bomba *estallaba*. ¿Estalló o no estalló?”⁷.

¿Por qué no leer a la letra la afirmación de que el pasado de este imperfecto español (es decir, de Oscar Masotta) del Río de la Plata no es gratuito y que, en efecto, se *trataba* de Lacan? Roberto Arlt, *yo mismo* es el título de un texto de Oscar Masotta sobre otro imperfecto español del Río de la Plata, de quien en ciertos momentos podríamos decir: *un instante más y la lengua estallaba*. Por poco estalla, *la lengua* que atraviesa las elucubraciones de Roberto Arlt así lo sugiere.

¿No dice amo, la palabra amo? La vocación *del* psicoanálisis supone que la estupidez debe ser dicha, dado que la palabra proferida no puede ser desdicha. Es lo que se llama la regla fundamental.

Puntuación de la muerte

Se *trataba* de empezar. Siempre en el pasado de ese imperfecto español que nos constituye en la anticipación de un instante de mirar que implica el momento de concluir. Se *trataba*, para Masotta, desde dos poemas que publicó cuando tenía 29 años de esa extraña que es la *carne* como soporte del *cuerpo* significante que se le incorpora.

¿No vuelve siempre sobre este nudo *La fenomenología de la percepción* de Merleau-Ponty, cuyo estilo fascinaba los primeros encuentros de Masotta con esos textos que ahora llevan su nombre? Se *trataba*, también, del ser para la muerte de Heidegger y de la mirada en ciertos capítulos de *El ser y la nada* de Sartre. Se *trataba*, en fin, de eso que Lacan golpearía con un efecto pleno de interpretación en un párrafo memorable de su estadio del espejo: callejón sin salida de una civilización utilitaria que conduce al uni-

7. Oscar Masotta: *Introducción a la lectura de Jacques Lacan*. Ed. Proteo, 1970.

verso concentracionario, repliegue narcisista del yo sobre la soledad insoportable de la carne.

Sobre el presente texto

En diferentes lugares Oscar Masotta ha dejado indicaciones sobre el estilo de su enseñanza. En cada una ellas la *audiencia* está presente: “¿Cómo hacerse entender por una audiencia que carece de esa práctica? Lacan me contestaría: su dificultad *es* su audiencia pero si usted se intimida no es seguro que su audiencia esté intimidada. O bien, y suponiendo que lo esté, la cuestión no cambia. En ambos casos el peligro reside en el personaje con el cual usted tendería a identificarse. Pero se dirá: el único culpable es el mismo Lacan, la dificultad de su estilo. Y nadie se avergüenza, en efecto, de no haber podido ir más allá de la primera página de los *Escritos*, y aun, se lo confiesa llanamente, sin haber pedido entender lo que se leía”⁷.

La audiencia es otra, los problemas son otros, pero Masotta insiste: “Si se me permite, entonces: el presente volumen es mi audiencia, y también, es de mi audiencia” (1977: *Lecciones de introducción al psicoanálisis*, volumen I). La audiencia es la verdad de una afirmación de Lacan: *el que escucha determina al que habla*.

En el texto que presentamos se puede leer: “Pero los psicoanalistas, que a menudo escriben para otros analistas, se pagan a veces con la utilización de los términos técnicos, hasta el aburrimiento, y en silencio. Otra vez: ¿qué es la *libido*? No crean ustedes que se van a enterar abriendo el *Vocabulario* de Laplanche y Pontalis”.

Jorge Jinkis subrayó la aparición de palabras que son variantes de “introducción” en los títulos de los trabajos de Oscar Masotta¹.

Por su parte, Masotta en el texto de 1977 citado anteriormente dice: “Introducir al psicoanálisis haciendo uso de palabras sencillas, de términos que no fueran técnicos. ¿Es posible no banalizar las ideas? Si difícil, no debiera ser imposible. La dificultad no está en los términos, ni en

los desvíos, ni en los accidentes de su significación sino más bien en las ideas y los hábitos. Y también, en la posición del interlocutor: a saber, la audiencia. Hablar de introducción al psicoanálisis no significa decir que quien 'introduce' es el conferencista, puesto que todo discurso se origina en el lugar del otro".

Abandonada toda posición de prestancia, Masotta hace de su discurso el *soporte* de ese discurso que se origina en la audiencia. No escribe para psicoanalistas, no habla para ellos: escribe *desde* el psicoanálisis y *para* el psicoanálisis (es decir, para esa audiencia donde las formaciones del inconsciente determinan las "intenciones" de formación).

¿Acaso no se dio el lujo, *cuando hablaba solo*, de ser todo lo elíptico que deseaba para una audiencia que no deseaba nada? Energía del deseo, dice Masotta, significa que *el deseo es enérgico*. Lo opuesto a los términos "técnicos" no son los términos "sencillos", como Masotta simula pensar. Están en juego las consignas de la comunidad (el aburrimiento y el silencio de los que se pagan con esos términos) y las interpelaciones producidas por un retorno a los recursos de la lengua, a sus equívocos simbólicos, para disolver la certidumbre ilusoria del *argot* profesional.

Masotta, que propaga el gongorismo de Lacan, se torna *sencillo*: su enseñanza vuelve —una y otra vez— a los fundamentos articulados en los términos de Freud.

Sin llenarse la boca con los problemas de la "transmisión", responde por un acto de enseñanza a estos problemas. Cuando los términos de Lacan, confundidos con *todo* por un mercado del saber, sostienen una cansadora letanía, Masotta insiste en el retorno de Freud. No se trata, entonces, de la oposición entre términos sencillos y otros que serían técnicos, sino de los efectos que llegan de una audiencia como ilusión de un metalenguaje que vuelve a ser *entredicho* una y otra vez.

Ya en 1970 Masotta escribe: "...se puede enseñar o escribir del modo más elemental sobre los temas más elementales de un pensamiento que no lo es y ello sin dejar uno mismo de pensar"⁷. ¿No es allí donde dice, también, que Lacan le *contestaría* que el peligro reside en el personaje con que tendería a identificarse el que habla? **Para**

el caso, y como le ocurre a muchos hijos de la prestancia, una identificación con Lacan y/o con algún discípulo *directo* (sic) de Lacan, impediría que aquel que habla pudiera escuchar cómo se origina su discurso en quien lo escucha (ignorando, por lo mismo, lo que determina su palabra).

Podría multiplicar las "indicaciones" que los textos de Masotta tienen, "indicaciones" sobre la relación abierta entre el enunciado y la enunciación por el acto mismo de una audiencia que determina su articulación.

El presente texto (y un presente es siempre un regalo, el acto de una presencia constituida sobre un fondo de ausencia) está dedicado (en el sentido de una dedicatoria) a lo que Masotta gusta llamar *el gran modelo pulsional*. Pero esta dedicatoria, además, queda abierta en un enigma. En la primera página del texto mecanografiado hay una frase "suelta", manuscrita: *La mujer es más recóndita que el camino por donde, en el agua, pasa el pez*. Este texto que se demora en las relaciones de la pulsión y el amor, no dice demasiado sobre las mujeres. Existen, sin embargo, en el texto, reflexiones laterales sobre el amor cortés, la religión y la femineidad.

¿La pulsión está *dedicada* a la mujer por el narcisismo, en tanto *ella* carece de objeto? Ella: la pulsión y la mujer.

Algo me impide seguir hablando sobre este texto, prolo(n)gar un momento más esta palabra cortada por la muerte. El buen lector, diestro en ausencia, proseguirá.

Buenos Aires, enero de 1980.